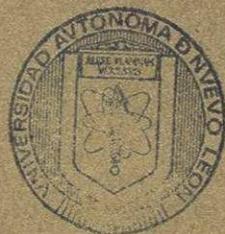


UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
UNIVERSITARIA

HUMANITAS

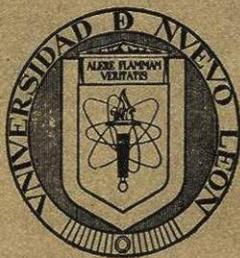
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
UNIVERSITARIA

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Capilla de la Señora
Biblioteca Universitaria*

15



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1974

EL CINE COMO INSTRUMENTO DE LA LEYENDA NEGRA
NOTAS PROFANAS DE UN ESPECTADOR

PROFR. ANÍBAL ABADIE AICARDI
Instituto Portugués, Lisboa

EN EL ÚLTIMO medio siglo, la leyenda negra hispanoamericana se ha visto profusamente ilustrada, en especial, por las suntuosas candilejas de Hollywood, que conforme a sus propios libretistas o guiones basados más o menos fielmente en obras literarias de varia nacionalidad y calibre, han venido haciendo circular, con enorme impunidad y éxito, imágenes familiarmente peyorativas o abiertamente denigrantes de diversos pueblos. Entre éstos no sólo se cuentan muchos subdesarrollados, sino incluso pueblos meridionales europeos de rica tradición cultural, pero menor desarrollo material en la actualidad, tales como España, Portugal, Italia (fundamentalmente la meridional) o Grecia. Ha contribuido a este empeño —nada casual— la mayor receptividad natural del lector o espectador dominguero u ocioso, al que la filosofía y la tecnología masificantes, con el concurso hasta cierto punto responsable de numerosos creadores y artistas, ha ayudado no ya a elevar, sino a convertir en “consumidor medio” y manso, gracias a tácticas tan arrociantes como eficaces.

De tal modo, el mundo más “típico”, “meridional”, “latino”, “de color”, “folclórico”, “tropical” (triste o no...), “natural” o “bárbaro” del subdesarrollo o del menor desarrollo, se reveló cinematográficamente apto para brindar horas de esparcimiento y evasión, al socaire de las cuales se filtraron, insidiosamente, mensajes de desprestigio universal de pueblos, culturas y personalidades respetables o dignas de la natural consideración humana, o por lo menos, de una atención revestida de un mínimo de decencia que no es excusable infringir.

Así, *Tarzán*, superhombre blanco aterrizado en su tierna infancia en la selva africana, pudo, gracias a su genotipo y a sus músculos, reinar sin corona entre negros voraces y guturales y fieras traicioneras; y merced a una

red eficiente de lianas y a la fidelidad de la mona *Chita* (chimpancé de estirpe quasi rousseauiana y en estadio de despegue desarrollista), encarnar para varias generaciones el amor británico por la madre naturaleza más allá de sus jardines, y una idea muy somera de su contacto con el continente africano. O *Gunga Din* (1939), basada en la novela de Rudyard Kipling, llegó a representar al joven hindú, que encarnado en aguatero de un regimiento victoriano, supo morir abnegadamente bajo las balas de sus sanguinarios compatriotas, fundamentalmente Siks (presentados como estranguladores) a quienes no logró contagiar su devoción al Imperio Británico. Y en los ardientes arenales del norte africano, pudo *Beau Geste* en su primera versión, popularizar la silueta de dos aristócratas ingleses y un pariente de Estados Unidos enrolados en la Legión y acosados por los moros, conforme a la atractiva novela de P. C. Wren.

No menos memorables que estas andanzas africanas, fueron las proezas asiáticas, o confinantes, de los *Tres lanceros de Bengala* (Gary Cooper, Franchot Tone, etc.) o *La carga de la brigada ligera* (Errol Flynn), cuyos románticos y pundonorosos héroes han cabalgado todas las pantallas del mundo, destacando sus estampas de oficiales coloniales pugnando por someter a mares de abyectos nativos; o sucumbiendo imperialmente en Crimea, ante rusos subdesarrollados y pomposos, pero con cañones, en la loca y triunfal carga de Balaclava (1854). Se necesitaría tiempo, aún, para que este episodio, sublimado en una balada de Lord Tennyson, viera filtrada, tasada y opacada su gloria por la historia militar (*C'est magnifique, mais ce n'est pas la guerre!*, según la glosa contemporánea del jefe de las tropas expedicionarias de Francia, potencia aliada de Gran Bretaña en aquella guerra "protectora" de Turquía, "el país del hombre enfermo", al decir del Zar, cuya terapéutica querían ambas suplantar). Mayor aún debía ser el tiempo requerido para dar paso a un enjuiciamiento más objetivo y amplio de aquellas circunstancias históricas; y, desde luego, para hacer posible bastante tardía revisión épico-satírica del suceso en cuestión por un film reciente, británico esta vez.

A caballo ya por tierra norteamericana en busca del subdesarrollo, imposible no recordar a *Los siete jinetes de la victoria*, en que varias generaciones de espectadores —captados por la belleza de la realización y por la simpatía de sus personajes "favoritos": el *ranger* texano Gary Cooper, la flamante Real Policía Montada del Canadá (con Robert Preston, Preston Foster y Ronald Reagan, cuando aún no era gobernador de California) y la improvisada pero devota enfermera Madeleine Carrol— no pudieron

menos que despreciar, con los protagonistas, a los bárbaros mestizos católicos francocanadienses de Manitoba, alzados en 1884-1885 contra el dominio inglés y protestante, al mando de Louis Riel (1844-1885), cuya figura, hoy en madura revisión, es presentada de forma sumamente menguada.

No menos minimizados y caprichosamente pintados quedan, por otra parte, los indios crees aliados de Riel, cuyo cacique, Oso Grande, termina por amansarlos, ganándose la solemne restitución por Preston Foster de su hermosa condecoración victoriana, una de esas que se pueden aún ver en los museos canadienses...

Campeando ya en tierras de los Estados Unidos, el gran tema de las guerras franco-británicas, con la división de las alianzas indias, que siguiendo bien o mal a Fenimore Cooper, inspiraron más de una versión de *El último mohicano*; o más tarde, la conquista y colonización del oeste, con las aventuras de *Fuffalo Bill* vencedor en combate singular de Mano Amarilla y venido luego presupuestalmente a más como Coronel Cody y empresario de circo; o la breve y fulgurante epopeya del general G. A. Custer (1839-1876) y su 7o. de caballería, recogida en *Murieron con las botas puestas* (They died with their boots on, 1942) (con Errol Flynn y Olivia de Havilland), hasta su exterminio por los indios sioux, cheyennes y arapahoes, aliados (sublevados para defender sus últimas tierras de pastoreo), encabezados por Sitting Bull en la sangrienta ratonera de Little Big Horn (1876).

En todo este panorama, muy sugestiva parece la observación de la tendencia revisionista pro-india, que asoma en varias producciones notables de los últimos años, desde *La flecha rota* (Broken Arrow, 1950) (con James Stewart y Jeff Chandler) a la magnífica obra narrativa y documental que es *Un hombre llamado Caballo*, (Man called Horse, 1970).

Y en escala menor, *Soldado Azul* (Soldier Blue, 1970) por ejemplo. Esta corriente, intermitente pero notoria, procede atacando a diversos mitos. Así, el mito de Custer, cuya integridad estuvo amenazada ya contemporáneamente por el proceso a su malogrado subalterno el mayor Reno, se vio defendida no sólo por el prestigio épico del general, sino por el respeto que inspiraba su fiel y avasallante viuda, cuyas sabrosas memorias y vigilante actitud demoraron largamente la erosión crítica.

No menos curioso resulta observar que, si bien parece ya lanzada la revisión de figuras de caciques apaches como Cochise, ella no alcanza aún a triunfar a nivel de las grandes figuras de la rebeldía piel roja, tales como Sitting Bull (c. 1831-1890), reducido aun a cazador exitoso de cabelleras, o a Jerónimo (c. 1829-1909), el gran caudillo apache Chizicauha, presentado todavía de lejos o como díscolo jefezuelo ladrón de caballos (cf. *La*

flecha rota y su contraposición de Cochise y Jerónimo: ¿el manso y el rebelde?).

Otro rubro de observaciones significativas para nuestro tema, puede ser el de la participación de los héroes no blancos en la epopeya cinematográfica de Hollywood. Tímida parece ser la de los chinos, con *Charlie Chang*, detective de San Francisco, o algún difuso asesor amarillo de *Ironside*, el buen jefe de policía de San Francisco, que en sus seriales aparece asistido a título permanente por una linda pareja bi-sexuada de oficiales blancos y por un estudiante negro bastante eficaz; y asesorado a veces por técnicos de origen vagamente indio o "latino". Parece evidente, en general, que el revisionismo pro-negro sea, después del pro-semita (o, más propiamente, pro-judío, por no haber aún beneficiado a los árabes), el más agraciado por el momento.

Pero también los destinos protagónicos de los blancos reservan interesantes experiencias. Recordemos que *Un hombre llamado Caballo* recoge el hecho verídico de un inglés victoriano a quien el cautiverio entre los pieles rojas termina por transculturar y asimilar a las tradiciones y sociabilidad de éstos. El proceso operado es, pues, el de la inclusión forzosa inicial del héroe —originario de una alta cultura europea— en una sociedad primitiva, que le va captando hasta el punto de llevarlo, cumplidos diversos ritos de iniciación, a adoptar voluntariamente sus costumbres, ideas y creencias, hasta la asunción, con el consenso general, del cacicazgo acéfalo, cuando la comunidad se halla en una de sus peores coyunturas históricas.

La película presenta, pues, una aventura real: la de un europeo indianizado; y no el único, por cierto, en la larga y universal historia de los contactos culturales.

Muy otro es el caso planteado, por ejemplo, en *Horizonte perdido* (1937, Ronald Colman; con versión nueva reciente y peor en colores), film inspirado en la novela homónima de James Hilton (1933), el fino creador del inolvidable Mister Chips. En dicho film se exalta a *Schangri-La* (epónimo de tantos chalets de las oligarquías esnobistas hispanoamericanas), oasis espiritual de corte budista, fundado y presidido por una especie de bonzo, otrora sacerdote francés, que ha alcanzado allí la plititud; y que, a la hora de pensar en su sucesión, opta por un inglés —antiguo novelista, si mal no recordamos (¿el autor, quizá?)— al que estima el más apto para continuar representando, después de él, a aquella comunidad asiática feliz, a la que ambos se habían asimilado, alcanzando así en ella, como tráfugas de la Europa occidental, una suerte de evasiva redención por vías orientales.

Resulta significativo que esta ficción, tejida en la Europa de entreguerras,

cavilosa por momentos acerca de las bondades últimas y duraderas de su ensimismamiento hegemónico y de su pervivencia imperial, si bien llega a convenir con una vía de espiritualidad ajena, de linaje lejanoriental y a supeditarse a ellas, no renuncia a su actitud sutilmente eminencial y rectora, ni a un pase de antorcha estremecido de cierto nepotismo europeísta. El *ab uno disse omnes*, aquí, no comporta la elección de un igual más benemérito dentro del contexto humano mayor y más auténtico o "típico", sino que un recóndito mesianismo europeísta hace que sea, también, precisamente otro *dépaycé* o *blasé* de occidente, el más indicado para encarnar a una comunidad oriental o neoriental, que les ha rescatado, espiritual y vitalmente a ambos. En un fondo de Edad de Oro ultramarina, pervive, casi arcádicamente, la mentalidad europeísta y para-colonial, urdiendo este sueño intercultural paternalista y simpático.

Estas notas marginales y profanas se harían interminables, si quisiéramos abarcar más ejemplos. Detengamos nuestra evocación en una ya lejana tarde lluviosa de sábado, en que nos alcanzó, en un cine de barrio montevideano, como a tantos desprevenidos, aquella proyección en tecnicolor de título olvidado —pero identificable por un investigador sufrido— sobre una isla de Oceanía. En ella se describía la idílica vida insular anterior y contemporánea al advenimiento de un occidental bueno y enamorado, gauguinescamente feliz, hasta la aparición en escena de los explotadores blancos, que, al promover, entre otros puntos de desarrollo, la multiplicación comercial del tótem de piedra de la isla, desataban una inflación lícito-litúrgica que sólo la furia integrista de aquellos subdesarrollados, y ciertos oportunos cataclismos, lograban poner a raya.

Tal es el fresco: simpáticamente imperialista, paternalista y racista, de solvencia y matices varios; y cuyo valor cinematográfico, literario y documental es a menudo valioso, en que se insertan las películas de tema hispanoamericano.

Cronológicamente, el primer contacto sobreviene en el área del Caribe. Allí, en torno a la Isla Tortuga, reinan los piratas, de filiación byroniana (grata también a Espronceda), que luchan por la libertad contra malvados españoles, más o menos truculentamente emparentados con Felipe II y la Inquisición. El barroco meridional de éstos es detonante: son hidalgos decadentes, afeminados incluso, aunque —como los "judíos" para muchas versiones "arias"; o los "negros", para muchos "blancos", son típicamente libidinosos— llenos de brocados, golas y pomposas tizonas. Llevan nombres interminables, híbridos con frecuencia de español y portugués; y son gente inepta,

cobarde y fanfarrona. Por lo general, sus modales son antifeministas; y retienen en virtual prisión a alguna hermosa dama virgen o virginiana, cuya liberación sobreviene con el abordaje por las hordas de Drake, Hawkins o Morgan, desgredadas, pero llenas de virtudes quasi democráticas y parlamentarias, que, pasteurizando la sangre y la pólvora, y las violaciones con besos, conducen a los protagonistas al *happy end*.

El espectador de estas producciones (v. gr. *El capitán Blood*, o *El cisne negro*, con Errol Flynn), casi inexcusablemente puede ver en ellas la pervivencia actual de la leyenda blanca pirática, de raíz inglesa, francesa y holandesa, cuya versión negra dejó amplia huella en la literatura española del Siglo de Oro, en que inglés y holandés fueron a menudo sinónimos de pirata.

El período nacional hispanoamericano se vincula en general, en estas películas, con los acontecimientos de la incorporación de Texas, Nuevo México o California, tal como en *Remember the Alamo* (1960); y abundan, entonces, las galerías "mexicanas" de personajes de penosa catadura y esquemática perversidad, bien subrayada por siniestros bigotes y sombreros de ala ancha; pintura negra sólo atenuada por la inexplicable belleza, aislada de paisajes y canciones.

Existen, sin embargo, algunas honrosas excepciones; o algunas idealizaciones de figuras como la de Juárez (interpretada por Paul Muni), en las que el indio oaxaqueño es visto a la luz de un guión derivado de Franz Werfel, y admirado como admirador de Lincoln.

No mucho más podríamos hablar en las filmotecas que pudiera dar cuenta con un mínimo de buen sentido y dignidad de la historia hispanoamericana, salvo esas visiones fronterizas y mostrencas, en las que cabe inscribir las producciones referentes a la Revolución Mexicana, que, salvo *¡Viva Zapata!* (1952) (con el divismo personalísimo de Marlon Brando) y alguna que otra, no alcanzan el plano de la decencia o del mérito.

No faltan, por supuesto, las cintas de "ambiente" hispanoamericano global, estereotipado y nacionalmente indefinible, que permite a la imaginación calenturienta, ya que no tropical, de directores y libretistas, deslindar más didácticamente su horizonte del "subdesarrollado", diluir más impunemente sus nebulosas culturales y escudarse en apariencias menos comprometedoras.

Parece innecesario subrayar la importancia de este tipo de documentación, sobre todo en estos tiempos de aceleración de la audiovisualidad, ya que su naturaleza "no propiamente histórica", amena o frívola, ha hecho que

fuera ignorada por una historiografía intelectualista poco permeable a las realidades cotidianas, o demasiado implicada en el contexto socio-cultural y político-económico de los responsables de estos testimonios cinematográficos, como para poder juzgarlos críticamente.

Un estudio retrospectivo de tipo cualitativo y cuantitativo de estos documentos sería provechosísimo, siempre que el investigador lo efectuara minuciosamente y con inteligencia, sometiéndose como espectador a las mismas dosis masivas de buenas y malas películas que han desbordado sobre el mundo imágenes de Hispanoamérica desde el auge del séptimo arte. Su interés para el conocimiento actualizado de la leyenda negra y de la historia de las ideas, de las mentalidades y de las relaciones internacionales, podría ser capital.

Parece indudable que exploración semejante ayudaría a comprender mejor muchos de los resentimientos e indignaciones de pueblos larga e impunemente calumniados y despreciados por estas turbias creaciones; y a denunciar más constructivamente el espíritu y la personalidad de quienes las inspiraron, así como sus procedimientos de captación de la opinión pública de todos los países.

El estudio de estos kilómetros de celuloide, de sus ideas, estilos y financiación, de sus directores, guionistas y asesores, permitiría, además, ilustrar facetas importantes de la trayectoria del imperialismo y del racismo en el mundo; y explicar muchas de las razones y de los intereses parapetados tras la difusión de esta idea de Hispanoamérica y del mundo subdesarrollado, con todas sus inevitables implicaciones políticas.

Sin embargo, atendiendo a Hollywood y a esta fuente de referencia, diríase que la continuidad de exteriorización de esa visión peyorativa y altanera, hubiera comenzado a resquebrajarse algo.

Quizá pueda ello deberse a la complejidad de los problemas y compromisos de la afirmación y de las vicisitudes de los propios Estados Unidos en la arena de la hegemonía mundial, y a la necesidad de revisar los esquemas ideológicos y las alianzas; o quizá a la vivencia en carne propia del problema de la disidencia racial interna, y de la agudización de las reivindicaciones de sus minorías (negros, indios, "latinos"), conforme al conetxto de la formación de una conciencia mundial de tendencia antirracista y antiimperialista.

Y, podría no ser ajeno a ello, el hecho de que la violencia y la sangre, dejando de ser el pretendido privilegio del mundo subdesarrollado, hayan irrumpido familiarmente en la vida política y social del país y de otros grandes países de Occidente.

Pero, el hecho es que éstos y otros factores, con su gravitación imponderable sobre una opinión más crítica, parecen haber comenzado a minar la

normalidad de ciertos arrestos publicitarios demasiado visibles de la "arrogancia del poder".²

Por razones tales, nos parece muy pertinente que W. S. Maltby³ al aludir, de paso, a la sostenida veta antihispánica relevable en las novelas populares (v. gr.: C. S. Forester y su *Hornblower*, o H. Rider Haggard), películas, textos didácticos e ideas del cuerpo docente angloamericano de sus tiempos de estudiante, observe:

"Por varios conceptos, la continuidad de la existencia de este estereotipo en el mundo de habla inglesa, es un anacronismo".

Y reflexione:

"La Leyenda Negra ha tenido, innegablemente, una parte considerable en las turbulentas relaciones de los Estados Unidos con sus vecinos de habla hispana; y ella continúa influyendo sobre la política española de Inglaterra. Por más dificultoso que sea aislarlo, es factor que sigue pesando en los asuntos internacionales.

*Para los americanos, el estudio de un prejuicio nacional posee un interés aún más hondo. La posición de los Estados Unidos en el siglo XX se acerca en más de un respecto a la España en el XV. Esgrimiendo un enorme poder en defensa de un ideal esencialmente conservador, se encuentra, como ella, abocada al odio y a los celos de amigos y adversarios. Nadie, al leer los periódicos, puede dudar que las naciones del mundo estén compilando una nueva Leyenda Negra y que América sea la víctima que les está destinada. Como España entonces, los Estados Unidos han disfrutado del poder mundial; como España, también, se han entregado sin restricciones a su pasión por la autocrítica; y, al final, puede el hado de ambas llegar a ser el mismo. También a América puede tocarle vivir para ver sus glorias olvidadas y sus más orgullosas realizaciones desacreditadas por el talento polémico de sus enemigos."*⁴

Y concluya:

"En estos momentos, puede muy bien que el antihispanismo esté en

² MALTBY, W. S., *The Black Legend in England. The Development of Anti-Spanish Sentiment, 1558-1660*, Durham, North Carolina, Duke University Press, 180 pp., p. 6.

³ *Ibid.*, p. 10.

⁴ *Ibid.*, p. 139.

curso de ser suplantado por el antiamericanismo, hecho que no lo hace menos digno de nuestra atención."

Tan sensatas palabras podrían también ser suscritas con igual acierto por historiadores de otros países, a los que el estudio en sí, y la meditación de la decadencia imperial propia, parecen llevar crecientemente a experimentar, en carne también propia, la realidad de la unidad de la historia y a interesarse más ecuánimemente por la historia de España, de su imperio y de su Leyenda Negra, mientras el creciente clamor del mundo subdesarrollado en general y la divulgación de sus razones contribuyen a la revelación de una Hispanoamérica menos "típica" y más verdadera.